



REY
DESNUDO
REVISTA DE LIBROS

Dossier: *Historia pragmática*

Discusión y comentarios finales*

Mariana Garzón Rogé: Bueno, muchísimas gracias a los cuatro por comentarios tan sugerentes. No es mi intención responder, porque no soy los autores. Sí sé por qué los elegí y ciertas maneras de responder a muchas cosas que surgieron aunque, por supuesto, no a todas. De hecho me parece interesante algo que se dijo, que es la dimensión abierta y en permanente construcción de esta aproximación. Y la no aspiración a edificar aparatos teóricos coherentes y cerrados. Porque, de hecho, es una de las claves teóricas más interesantes, es algo que tiene que ver con la crítica. Sobre todo la sociología pragmática discute con la “sociología crítica” o “sociología de la dominación”, cuya máxima exponente sería la sociología de Pierre Bourdieu. Y una acusación que ha sufrido toda la galaxia pragmática-pragmatista es el debilitamiento de la crítica que puede hacer la ciencia social sobre la realidad social. Y hay una respuesta para eso, que es la idea de hacer una historia “de las críticas”. Es decir, que es a través de las actividades críticas, ya no del investigador o investigadora como sujeto de conocimiento que se encuentra por encima del conocimiento que tienen los propios actores sobre sus propias prácticas, quien va a decir qué es lo que sucede, cuál es la dominación que sufre o que padece y cómo debería desmontarse o lucharse contra eso, si no que la aspiración tiene que ver con reconstruir los mundos críticos de los propios actores. Y en ese punto, esa misma línea nos permite pensar, en tanto historiadoras o historiadores, en la posibilidad de, a través justamente de estas conversaciones, ir limando y

* Discusión final del conversatorio sobre *Historia pragmática, una perspectiva sobre la acción, el contexto y las fuentes*, Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 16 de mayo 2018.

abriendo nuevas discusiones, sin esta aspiración de coherencia teórica, gestando nuevos problemas, gestando nuevas maneras de encararlos.

Una de las cosas que salió muy claramente es el tema de la interdisciplinariedad y cómo se vincula la historia con las ciencias sociales. Bernard Lepetit, que intentó promover un programa de historia de orientación pragmática, fue uno de los grandes gestores de un mayor diálogo entre ciencias sociales e historia. Eso tiene su pequeña historia en el comité de los *Annales* y su propuesta en *Las formas de la experiencia*¹, en donde proponía un diálogo mucho mayor de las ciencias sociales con la historiografía. Y tanto tuvo que justificarse, en su propia lucha por la legitimación, que llegó a escribir un artículo muy lindo que se llama “Propuestas para un ejercicio restringido de la interdisciplina”², en donde se propuso reflexionar sobre cuáles eran los modos en que la historiografía podía interactuar con las ciencias sociales. Y es muy interesante, porque él propone que esa relación no tiene que ver con una asimilación de los modos en los cuales reconocemos lo que sucede, si no con una mirada babélica, en el sentido de que a través de los intercambios y los préstamos pudiéramos multiplicar las miradas sobre lo social, de manera dialógica. Es algo que está muy presente.

El cuestionamiento que propone Fernanda sobre cómo pensar la totalidad social desde un punto de vista de las situaciones, es un tema del cual podríamos hablar muchísimo y es complejísimo. Pero el enfoque pragmático lo que va a suponer es que sin negar la existencia de algo así como la totalidad (que no sabemos en dónde se encuentra suspendida, en que plano de la atmósfera), existen las estructuras, existen las culturas, existen las clases sociales, pero son observables solamente en el plano de las situaciones. Es decir, tiene que ver con la capacidad para ver cómo funcionan efectivamente, por ejemplo, las clases sociales, o cómo se modifican los sistemas normativos. No es cuestión de negar la existencia de los sistemas normativos o de las instituciones. Pero las instituciones sólo pueden ser vistas, va a decir la mirada pragmática, funcionando. Toda otra manera de querer representar cómo funciona que no sea funcionando, no nos va a mostrar efectivamente cómo son realmente. Y en ese punto Bernard Lepetit llega a decir que la socie-

1 Lepetit, Bernard: *Les formes de l'expérience: une autre histoire sociale*, París, Albin Michel, 1995.

2 Lepetit, Bernard: “Propuestas para un ejercicio limitado de la interdisciplina”, en *Iztalapa*, No 26, 1992, pp. 25-34 [el original francés es de 1990].

dad es en “uso”. Lo dice textualmente. Es el uso de la sociedad que hacemos. La historia asume un lugar que podría ser pensado como un lugar menguado, que tiene que ver con una dimensión constativa de la sucesión permanente de situaciones, en donde el principio de explicación o los grandes formatos interpretativos son más difíciles de sostener. No es tampoco que no se puedan sostener, y claro que podemos combinar descripción con interpretación, pero desde una perspectiva de este tipo nos vamos a ver más obligados a interpretar en la medida en que no podamos describir. ¿Qué es describir? Describir es, por ejemplo, ver una movida de una pieza de ajedrez. Quien no sabe cómo se juega al ajedrez, quien no puede describir qué es lo que hace un caballo cuando salta, no comprende lo que está sucediendo. La interpretación que puede ofrecer alguien que no comprende cómo funciona el juego son infinitas. ¿Por qué un caballo salta como salta? Es el aprendizaje del juego (que ya de por sí supone toda una descripción de sus posibilidades) lo que va a permitir entender cómo mueve un caballo específicamente.

Sobre “*Who is below?*”, lo que yo leo en Simona Cerutti es ¿quién finalmente está o es? Yo creo que Cerutti terminó por no traducir la pregunta porque el “*is*” es problemático. Se complica en castellano y en francés también. Pienso que ella da una respuesta en el artículo y es que “están” abajo o “son” abajo los que ganan la batalla perdedora por ser el *below* en una situación específica. Es decir, que no podemos saber a priori sin verificarlo empíricamente quien es el *below* de ese momento. Vos hiciste las preguntas por las topografías, pero ella creo que no las formularía así, haría una apuesta por las situaciones, por el plano micro. No porque sea el plano privilegiado de existencia de lo real, sino porque el plano micro es el espacio en donde podemos observar el funcionamiento de lo macro. Es decir, la relación entre las escalas es completamente distinta, de continuidad.

Omar Acha: Me pareció muy interesante el libro. Se habló acá del ámbito de la academia francesa. Y me pregunto si no es una discusión que en realidad tiene un lugar muy concreto que es el número 54 del Boulevard Raspail, y que es la Escuela de Altos Estudios Sociales, y que tramita en buena medida cuestiones que son personales, y también a razones intelectuales e historiográficas en ese espacio. Porque me parece que hay una serie de discusiones que están muy fuertemente centradas allí. Porque incluso la microhistoria italiana encuentra allí su verdadero sitio.

Humberto Cucchetti: Un poco en continuidad con lo que dice Omar. Yo no sabría identificar muy bien al día de hoy quiénes retomarían este proyecto. Cómo continuaría esa historia, en un país donde el peso corporativo de la historia es extremadamente fuerte como para legitimar la necesidad de salir a hacer la interdisciplina. Yo pensaba cuál sería el posible destino, o si evocás a un trabajo donde los autores reclaman el pragmatismo. Porque también dicen en algún lugar que la historia es casi pragmática, y el historiador es pragmático en la medida en que construye su conocimiento a partir de las fuentes que tiene. Y desde ya quería felicitarte por el trabajo gigantesco en términos cualitativos, que es realmente enriquecedor.

Mariana Garzón Rogé: Si bien no son solo las personas las que hacen los cambios institucionales ni las revoluciones historiográficas, Bernard Lepetit tenía un lugar central en el comité de *Annales*, y escribió un libro fundamental que daba ese primer paso. Era una figura clave de esa conexión. Sin desestimar una historia de la historia pragmática, yo realmente quiero discutir a nivel epistemológico, porque creo que es lo único fructífero que puede suceder en relación a eso. Es cierto que se trata de un proyecto *from below*, que perdió en su momento esa batalla por proponer otra relación entre la historia y las ciencias sociales.

Fernanda Molina: Una cuestión que por ahí quedó medio dicha al pasar. La discusión tiene que ver con el tema de las fuentes. Me parece que se trata del punto neurálgico que aparece tanto en el trabajo de Bazin, aunque en este caso, visto desde el trabajo de campo, como en la introducción del libro (Quiero destacar que la introducción es excelente, ya que sitúa y contextualiza de manera clara y ordenada las principales discusiones). El problema de las fuentes también aparece en el trabajo de Torre, particularmente, en su polémica con Chartier. La crítica más fuerte que él le realiza está vinculada a la tensión entre representaciones y prácticas. Una de las cosas que Torre señala es que con el paso del tiempo Chartier fue inclinándose más hacia el estudio de las representaciones que de las prácticas. Y ahí introduce que, además, eso se visualiza en la selección de fuentes, en el tipo de fuentes que toma. La respuesta de Chartier es “¿qué querés decir con el ‘tipo de fuentes’? ¿Acaso hay fuentes que son más ‘concretas’ y otras más ‘representacionales’?”. A propósito de eso hay una cita muy elocuente que vos (Mariana Garzón Rogé) recogés en la introducción. Me refiero a la cita de Yves Cohen que dice: “la condición metodológica para una historia

pragmática es cierta cualidad de fuentes. No se puede hacer historia pragmática si no se dispone de fuentes que reporten las actividades de las personas” (p. 31). Me parece que en el planteamiento de Torre aparece también ese sesgo; pero ¿qué son esos “comportamientos concretos”? ¿Qué significan esas prácticas? ¿“realidad”?, ¿“realismo”?, aclaro que son términos que también aparecen en la propuesta pragmática. Bueno ¿qué significa eso? ¿Efectivamente podemos acceder a esos comportamientos “concretos”? Me parecía que ninguno de estos historiadores e historiadoras son ingenuos ni pueden considerarse *amateurs* en lo que respecta a la práctica historiográfica, pero llama la atención cierta idea de transparencia de la fuente que también está presupuesta en la idea de descripción que plantea Bazin. A partir de este acercamiento, tanto al campo como las fuentes, parece emerger esa idea de que hay un núcleo duro, irreductible, en donde aparecerían esos comportamientos. Y si bien se pone atención en el proceso de transcripción de la práctica social, el énfasis en observar a los observados hace que esa mediación —que hasta en cierto sentido pueda ser una representación— aparezca desdibujada. Y me parece llamativo en el contexto de historiadores de semejante talla.

El campo de la antropología, de las fuentes, de la descripción, de lo concreto, parece hacer perder de vista una discusión que está bastante asentada dentro de lo que es la historiografía, cualquiera sea la corriente en la cual nos inscribamos. Me parecía que era un punto para discutir o tener presente.

Mariana Garzón Roge: Es difícil. Vincent Descombes, propone, discutiendo con Geertz, la necesidad de hacer, en lugar de la “descripción densa”, una “descripción delgada”. Estamos hablando todo el tiempo con conceptos que no son concretos.

Torre discute muy fuerte con Chartier, por ejemplo, el tema del milagro, los usos del milagro. Yo en un momento hago una cita en la que él no estaría de acuerdo con Yves Cohen con que las fuentes históricas tengan que tener una cierta cualidad que describan acciones. Torre diría más bien que tienen que permitir “dramatizar situaciones”. Entonces él estudia un milagro que sucede en 1812 en un pueblo italiano, en Asti, y en lugar de pensar en términos de creencias, prácticas religiosas, estudia los testimonios que se ven en las actas notariales sobre qué es lo que sucedió en el momento del milagro. Y no se pregunta acerca de qué creían los participantes que estaba su-

cediendo cuando transcurrió el milagro, sino qué hacen con el milagro. No porque pensemos que los actores no creen en los milagros, pueden creer o no creer, es algo que no está al alcance del historiador o la historiadora. Torre va a decir que podemos ver lo que hacen con el milagro. Entonces ve qué es lo que dice el notario del pueblo sobre el milagro, qué es lo que dice el párroco, que no sabemos cómo ha hecho sangrar una hostia y supuestamente eso quiere decir que apareció la Virgen Divina... Es decir, cómo los diferentes actores que intervienen en la situación prodigiosa del milagro de la hostia de Asti que sangra, en realidad están disputando un montón de cosas, que tienen que ver con la jurisdicción del pueblo, de quién es la parroquia, quiénes son las mujeres que viven en ese hospicio que está asociado a la parroquia, cómo vamos a criticar las competencias del cura o no, quién va a llevar el mensaje sobre lo sucedido —que al final a todos les conviene— al Rey, quién lo va a anunciar. Entonces él propone una mirada sobre el hecho religioso que está mucho más cercana con lo que efectivamente sucedió, que es esa disputa por las múltiples legitimidades de actores plurales que se ven involucrados en esa situación. Y esa historia está en las antípodas de lo que hace Chartier cuando habla de los usos del milagro y cómo las publicaciones de la época los repetían y la gente creía ver.

Y ahí salta el tema de la dramatización de las fuentes o de una condición específica de las fuentes que narren acciones. Ahí hay un desacuerdo claro. Hay otros desacuerdos en como constituir esa genealogía. Damián mencionaba a Foucault. ¿Va Foucault o no va? ¿Hasta dónde vamos a extender? ¿Hasta Marc Bloch? ¿Cuánto se disuelve un proyecto de historia pragmática si empezamos a incorporar, a querer constituir tradiciones más amplias?

Valeria Pita: Hay algo muy saludable en esto, y es cierta destitución de algunos autores, cierto corrimiento. Yo festejo, realmente, la crítica a Chartier. Estoy algo cansada de tanta fijeza. Si hay algo que se ha hecho con estos autores como Foucault o Chartier es una reproducción de un modelo en donde las piezas se acomodan. Uno lee diez o quince textos y es lo mismo, algo que atenta contra las cualidades de la narrativa o de la escritura histórica.

Por otro lado, hay algo sobre lo que quizá habría que volver, que habría que continuar, que tiene que ver con la problematización de la crítica. Yo me lo volvía preguntar, porque a veces la crítica en el discurso histórico estuvo tan atada a una cierta moral y a una pedagogía, que hay que

tener un cierto cuidado. Y en ese sentido la descripción puede ser una especie de salida, en los términos en que justamente Simona Cerutti la coloca, y en la crítica que le hace a E. P. Thompson de no usar el pasado en función de justificar cuestiones presentes. Y ahí me parece que hay una vinculación para hacer y para seguir pensando.

La otra cuestión es que ahí hay un dilema. A mí me presenta un dilema esto de la cualidad de las fuentes. Porque como historiadora social que tiene la pretensión de traer a la luz, a veces, relaciones, prácticas, acciones de personas que no dejaron de su propio puño y letra registros sobre el pasado ¿qué cualidades tendrían que tener las fuentes a utilizar? Es justamente la lectura permanente a contrapelo, el ejercicio cotidiano. Ahí la cualidad de las fuentes ¿cuál sería?

Omar Acha: Me parece que en su reconstrucción estos textos son muy polémicos en realidad. Y ese trazado de genealogías, como el que hacen Cohen y Chateauraynaud, son ejercicios que hacia mediados de los noventa hacía por ejemplo Maurizio Gribaudi. Me parece observar también con ese carácter polémico que tienen algunos textos, que hay una aspiración a construir algo. No sé si el énfasis no está más en la discusión con, que en proponer algo constructivo, pero yo veo algo más que solo pluralismo.

Laura Ehrlich: No se mencionó para nada porque estamos en el campo de la historia social. Pero en el campo de la historia de las ideas o la historia intelectual, el giro pragmático probablemente sea una de las líneas en donde este enfoque más exitosamente ha calado. Por ejemplo, la historia intelectual de Skinner, Pocock y lo que se llama la escuela de Cambridge, con una base fuertísima de Wittgenstein, Austin.

Mariana Garzón Rogé: Por supuesto, desde una perspectiva pragmática, se analizaría el origen de la propia historia pragmática teniendo en cuenta todos esos intereses mundanos, pedes- tres, que se configuran. En ningún sentido podrían quedar afuera. Ahora, no serían puramente explicativos de las polémicas intelectuales que efectivamente se traman. Y la idea debería ser, si quiéramos ser rigurosas, ir viendo en sus sucesivas instancias —porque no es lo mismo en los noventa que en 2015— cómo va siendo configurada esa polémica, que es intelectual, que es epistemológica, que también tiene que ver con los recursos académicos, que tienen que ver con la vida de una institución, que tiene que ver con las relaciones entre personas... Esa complejidad debería

ser repuesta. A mi entender, de ninguna manera podría pensarse en términos de “campo académico” y puras luchas por un “capital” específico en donde todos los actores se comportan de una manera maximizante. Eso es justamente lo que sí discutiría.

Humberto Cucchetti: Nuestro medio es refractario a dar cuenta de eso. Es fácil intelectualizar los programas de investigación. Ahora empezar a pensar que eso está atravesado por otra clase de disputas por los espacios de distribución del poder... Nuestro medio es refractario a querer encarnar las divisiones y los conflictos si no son por cuestiones estrictamente científicas.

Mariana Garzón Rogé: Porque tenemos esa lente que sigue siendo estructuralista, al pensar el “campo” y la posición de los actores antes de la acción de los actores. Yo propongo mirarlo de otra manera. Podríamos pensar la misma historia, pero como resultado de las acciones, de las disputas, y de las luchas por la legitimidad que se van tramando históricamente de modos, por definición complejos, que habría que estudiar. Para llegar a esas luchas por los recursos, adscripciones, agrupamientos, formación de grupos, la historia pragmática no es que dice que no existen los grupos sociales. No los da por sentado para explicar lo que sucede. Se pregunta por cómo se forjan los grupos sociales. Y por cómo se constituyeron esas disputas.

Fernanda Molina: Una cuestión que también me parece importante está vinculada con algo que problematizaba Laura (Ehrlich) en relación al tema de interpretar o describir en la práctica historiográfica. Por mis temas de investigación, la apelación a nociones como la de pluralismo de ordenamientos que propone Antonio Manuel Hespanha, por ejemplo, forma parte habitual en mi práctica profesional. Justamente me encontraba escribiendo algo y, a raíz de la lectura del libro, me preguntaba ¿qué estoy haciendo? Un llamado a la reflexión que estimo muy saludable. Entonces decía, “bueno, en realidad yo acá estoy mirando la situación, el contexto, las interacciones”. Pero resulta que no, que en realidad estaba pensando en sistemas de creencias que motivaban las acciones, en este caso de una serie de mujeres indígenas, o, en el mejor de los casos, viendo cómo esas mujeres interpretaban, manipulaban o se adaptaban a esos sistemas

Pero más allá de eso, quería señalar que hay una historiografía que ha abrevado en la historia crítica del derecho para pensar la singularidad y la extrañeza —respecto del presente— de las formaciones jurídicas y políticas pretéritas. Eso está presente, incluso, en autoras “pragmáticas”

como Simona Cerutti, particularmente, en sus investigaciones sobre el derecho en el Antiguo Régimen que aparecen citadas en la introducción (p. 24). La autora pone de relieve que los diferentes grupos sociales solían invocar, incluso simultáneamente, diferentes ordenamientos jurídicos, no en función de su condición social, sino de los contextos en los que se desarrollaba su acción. Pero la apelación a esta pluralidad de ideas situadas sobre la justicia también está presente en muchos historiadores e historiadoras que poco saben de la historia pragmática. En efecto, yo misma me reconocía en esas tramas. Entonces me ponía a pensar que muchas veces hacemos cosas que no sabemos que estamos haciendo. De hecho, conforme avanzaba en la lectura, tenía la impresión de que se revelaba una práctica historiográfica en mí de la que por ahí no era consciente. Era la primera vez que me acercaba a la historia pragmática y, sin embargo, podía reconocer prácticas historiográficas concretas que tenían que ver con el ejercicio mismo del escribir o del hacer historia. Entiendo que muchas veces son los mismos problemas o los objetos de estudio los que nos van imponiendo o trazando las formas de acercamiento. En ese sentido, me preguntaba cómo estaría retomando yo esa noción de historia pragmática o de orientación pragmática. ¿La estaría tomando como un “método” aplicado a casos concretos? ¿Es eso lo que quiere construir la historia pragmática? ¿O sería una especie de deformación de “ese algo” que se quiere construir, tal como decía Omar (Acha)? ¿En qué medida puede quedar en un método y no en un planteamiento mucho más sustentado o fundamentado epistemológicamente?

Mariana Garzón Rogé: Hablar de pluralidad no debilita en absoluto la epistemología de fondo que se propone como más legítima para captar lo que sucede en el pasado. Creo que es una epistemología radical. A mí me gustaría un “empirismo radical”. Formas de pensar la acción, pensar los contextos, pensar las fuentes ¿cuál es nuestro rol en tanto historiadores e historiadoras en relación al pasado? Cuando hablo de pluralidad tiene que ver con los límites en permanente elaboración y sostenimiento conceptual, teórico, metodológico, de esa galaxia para pensar. No pluralidad como una manera de menguar la apuesta. Es una apuesta fuerte. Y en ese plano, Fernanda, dijiste “yo de algún modo he sido pragmatista”, “sin haberlo aprendido en algún lado, me encuentro habiéndolo hecho”. Son formas que son muy similares a las maneras del conocimiento natural, de la manera en la que nos comportamos en la vida permanentemente, y por supuesto que también ejercemos nuestro oficio de esa manera. Saber qué es lo que hacemos,

no necesariamente significa que lo podamos formular —eso lo dice bien Bazin— en el lenguaje que académicamente podríamos ofrecer para explicarlo o para ordenarlo. Para mí la mayor apuesta que hace un enfoque pragmático o pragmatista es que nos permite ver cómo funcionamos todos nosotros y nosotras en la vida. Algo que sabemos hacer muy bien, como por ejemplo ir a una manifestación, y sabemos muy bien cómo vamos, por qué vamos, qué está asociado a ir y qué no. Y sin embargo, a la hora de tener que escribir sobre manifestantes hacemos una cosa que no tiene nada que ver con lo que efectivamente hacemos cuando nos comportamos. Pero eso no significa que seamos inconscientes de lo que hacemos. Sabemos muy bien manejar esas reglas. No las podemos escribir como reglas de intelección de lo que sucede. Están inscriptas en un conocimiento que es práctico.

En ese punto no me extraña para nada que puedas ser un poco pragmática o pragmatista. Pero sí pienso que como herramienta disciplinar, posiblemente conviva con otras herramientas que tengan más que ver con las perspectivas —vos lo dijiste muchas veces, y yo creo que no está tantas veces en el libro, pero probablemente porque te resuena— del “pensamiento crítico”, la historia crítica de la justicia... La idea de que las ciencias sociales y la historia es “crítica” de los procesos, eso está en las antípodas. Las ciencias sociales no están obligadas a ser críticas ni a demostrarle a los actores cuán acrílicos son, sino a rastrear y dar cuenta de las críticas que se producen en sociedad. Si no, estamos hablando sobre nuestras propias convicciones morales.

Laura Ehrlich: Yo más bien comprendía lo que decía Fernanda como una especie de consecuencia de este carácter trunco del proyecto. Como claramente, si esa apuesta hubiera sido más exitosa en su conformación como escuela, o algo así, ella hubiera sabido que estaba usando una perspectiva pragmática. Porque verdaderamente, y aunque se halle como un refinamiento del uso de las categorías, sabemos que el trabajo científico avanza así, —al menos en los ámbitos donde trabajamos con perspectivas cualitativas—, refinando los conceptos, etc. Hay mucho de lo que está planteado desde esta perspectiva que uno ya lo leyó, o ya creyó que entendió, era a eso a lo que apuntaba la microhistoria, el propio Thompson... El énfasis en el actor, el punto de vista del actor, la historia haciéndose, los conflictos definiendo los sujetos... Entonces en todo esto hay algo que en definitiva no es tan menor, más allá del fracaso en consolidarse como corriente.

Humberto Cucchetti: No hizo escuela pero está diseminado en programas muy diferentes y de muchas disciplinas.

Valeria Pita: Quizá también se pueda pensar estos estudios que recogieron en un momento y en un lugar dilemas que se venían dando. Yo reconozco trazos de la historia social, es más, algo de cómo Cerutti termina definiendo su *below* estaba —y lo busqué— en la introducción de *El mundo trastornado* de Christopher Hill³. Es decir, hay unos diálogos, se leyeron en un tiempo y en un lugar estas personas. Quizá lo menos productivo es pensar esta cuestión tan prístinamente, sino justamente como un condensador en un tiempo y en un lugar de unos diálogos, de unas tensiones. Y me parece bueno ver esto sin desconocer su “fracaso”. Leerlos con una cierta indeterminación, tratando de recoger esa indeterminación del momento. Y reconociendo estas cuestiones, ahora me parece doblemente interesante. Y también, en este ejercicio de situar productos de una década con muchos embates. La riqueza de un momento donde la disciplina en esos lugares no la estaba pasando tan bien. Quizá aquí se tornaron como muy simplificadas. Para mí los noventa quedaron como algo así, en donde eras marxista, moderno o posmoderno —todo era posmoderno, con una desfiguración también de lo que estaba haciendo la posmodernidad—.

Mariana Garzón Rogé: Ahí el tema es la “situación de fracaso”. Por ahora. Quién sabe. Capaz que estoy diciendo esto para que justamente proliferen (risas).

Omar Acha: Yo veo que es una apuesta más radical. Reducirlo a una práctica o a un método es como devaluarlo. Me parece que es más profundo. Por ejemplo, Maurizio Gribaudi considera que buena parte de la ciencias sociales no sirven. No es que haya tales proyectos y métodos y concepciones. Piensa que realmente gran parte de la historia, la historiografía, la sociología, particularmente, francesas, no sirven. Hay que empezar de nuevo. Y hay que narrar de otra manera. ¿Cómo podríamos, si tomamos en serio este programa, leer a Halperin Donghi, por ejemplo? Cuando Halperin Donghi dice que, sea en 1930 o en 1955, se inicia una larga guerra civil larvada... ¿qué es eso? ¿cuál es el referente de la guerra civil larvada? Ese tipo de enunciados, por ejemplo, no se podría sostener. Para mí eso es un problema de todas maneras. Gribaudi, por ejemplo, quería escribir la historia de París en el siglo XIX a partir de la confección de una base de

³ Hill, Christopher: *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1983 (1972).

datos, con cientos, millones de datos, a partir de individuos, en nubes que él pensaba reconstruir, con representaciones holográficas. Me parece que hay algo que nos estamos perdiendo de las ambiciones, que me parece lo más interesante de esto. Quizá hay que volver a pensar las ciencias sociales y las humanidades.

Humberto Cucchetti: ¿Se ve en lo que dicen los autores o vos decís eso?

Omar Acha: Yo creo que es una de las consecuencias posibles. Porque si lo leemos como “bueno, finalmente, todos hacemos más o menos esto, y es un punto de vista más dentro del abanico de diversas posibilidades; acá tenemos a los marxistas, acá tenemos otra mirada”, se pierde la apuesta.

Damián López: Lo que estás planteando es muy interesante. Creo que estamos en una discusión que sale y entra, pero a partir de los ejemplos que trajiste tiene que ver principalmente con la disciplina y con historiadores, y me parece que lo que está en juego acá es algo mucho más amplio. Es que, tomando en serio lo que estás diciendo, no habría dentro de estos proyectos una distancia tan grande entre el historiador y, por ejemplo, el sociólogo y el antropólogo. Estaríamos en conjunto trabajando, y entonces la reflexión tiene que abrirse también —por supuesto teniendo en cuenta de todas maneras algunas particularidades—, como vos mismo dijiste, a repensar lo social. Y desde el punto de vista del análisis de estos problemas a mí me parecía que nos faltaba un montón de información, o un montón de autores, o discutir en serio a un montón de gente que siguió estos enfoques desde la sociología, desde la antropología, etc. O sea que no solamente es complejo desde el punto de vista de la reconstrucción historiográfica, sino que nos obliga a abrirnos a un diálogo en serio. Y a leer a esta gente, que tal vez lo hacemos y vemos que no nos gusta tanto, o tomamos sólo algunos aspectos. Pero circunscribirlo nada más a textos que trabajan definitivamente historiográficamente, bueno, es una forma de hacer una especie de atajo, pero me parece insuficiente. Me tomo muy en serio y valoro mucho lo que propone Mariana a partir de la historia pragmática, en el sentido de que tiene una dimensión de apertura interdisciplinaria, que hace juego con lo que decía Omar. Significa pensar más consistentemente lo social, y significa que nosotros tenemos que leer estas cosas. O sea que tenemos que leer a sociólogos pragmáticos, antropólogos pragmáticos, y luego los discutimos más situados.